

## Presentación de El Silencio

Este libro narra una historia de familia, en la que las peripecias parecen individuales, pero en realidad son el resultado de la Historia con mayúscula, aunque sus protagonistas no puedan descifrar esa globalidad y sufran lo que les toca vivir como un drama personal .

Todo empezó en el cuerpo de una pamplonica de apenas 17 años, muy joven seguramente para los cánones de la época, a la que le ocurrió una de las peores tragedias de la España nacional-católica y franquista de los años 40: quedó embarazada siendo soltera y le cayó encima el poder del Estado, pero también el pavor y la crueldad de su familia, que la encerró en el silencio más absoluto, literalmente, para evitar el juicio moral de la sociedad.

Esa joven, testigo de que había otras jóvenes como ella, embarazadas y encerradas para parir como bestias en un convento, no tenía herramientas – información, madurez, conciencia política- para comprender que todo aquello era una más de las políticas de los vencedores de la guerra, para dominar a la sociedad, igual que la represión policial y el terror moral.

Aquella joven, que en la novela se llama Socorro, mañana cumple 94 años. Hace pocos días, cuando le pregunté nuevamente por qué creía que su madre había actuado como lo hizo, me contestó que no lo sabía a ciencia cierta, porque todo era muy oscuro y turbio en la España de los años 40, pero que un embarazo de soltera era un pecado y además el deshonor de la familia. Pecado y deshonor, no olviden esas palabras, porque allí se encierra el “misterioso entrelazamiento entre el amor y la crueldad”, al decir del psicoanalista uruguayo Marcelo Viñar, que siempre tiene por escenario al núcleo familiar.

Después vinieron las malas preguntas de los descendientes y los malentendidos, porque la hija de Socorro imagina que es una historia de su familia, algo peculiar e intransferible.

Es en ese momento que el intento de saber se vuelve doloroso, porque la falta de contexto hace foco en la víctima, y exige respuestas que son un imposible. El “¿por qué?” que todo joven plantea, no tiene explicación individual.

¿Por qué era un pecado quedar embarazada? ¿Por qué te encerraron en un convento? ¿Por qué tanta crueldad de tus padres?

No hay respuestas, no hay una historia lineal a contar, porque la víctima tiene recuerdos fragmentados y espacios vacíos, y ella misma no logra saber que su peripecia es un eslabón más de una historia colectiva.

Y entonces viene el segundo silencio. La víctima, obligada a explicar lo que no puede entender, debe elegir entre el dolor permanente que significa revivir el horror vivido o protegerse con el silencio. Y elige casi siempre el silencio, sin saber que la transmisión del horror no es a través de las palabras sino del comportamiento. No lo dice, pero lo actúa en su vida diaria. Se dice que todos somos hijos de una novela familiar no escrita sino actuada, y cuando esa novela

familiar se vio envuelta y atrapada por fenómenos como el holocausto, el franquismo o una dictadura, los comportamientos llevan en sí mismos las marcas del horror.

Luego, llega la tercera generación, Lola en la novela, que se ve obligada a buscar la verdadera historia de su abuela, sin saber qué busca. Caídos los grandes relatos que nos ofrecían un lugar en la Historia con mayúscula, todos queremos saber cuál es nuestro lugar en la historia de nuestra familia, en ese mundo de afectos que nos constituye como seres únicos.

En algún momento los descendientes empiezan a hacer las buenas preguntas. Los protagonistas no pueden contar el horror, sus hijos no se animan a preguntar porque presienten las marcas del dolor, pero los nietos necesitan saber, para comprender el mundo y comprenderse a sí mismos, para esclarecer su identidad.

En Uruguay, un equipo de psicoanalistas ha trabajado mucho sobre las marcas de la memoria y la transmisión intergeneracional de lo no dicho, del silencio del horror, y su eclosión en la tercera generación, a veces como preguntas, las más de las veces como enfermedades psíquicas.

Yo colaboré durante algunos años con ellos, leyendo y corrigiendo sus trabajos, y descubrí que la novela que cada familia escribe con su peripecia, tiene que ser en algún momento dilucidada, para evitar la enfermedad del alma.

Hay un psicoanalista alemán, Samuel Gerson, que ha trabajado el tema de la indiferencia social hacia el horror, y lo llama “el tercero muerto”, es decir el testigo a quien no le interesa lo sucedido a las víctimas. No es que no mire, no es que no sepa, es que no le interesa.

La víctima entonces no podrá nunca metabolizar su experiencia, porque hay un colectivo que no quiere escuchar su palabra, cuando es la palabra justamente la que nos constituye como seres humanos. Se dice que Primo Levi, el italiano que le contó al mundo el holocausto, tenía una pesadilla recurrente cuando estaba en el campo de concentración, y era que lograba sobrevivir, pero al volver a su casa nadie quería escucharle, a nadie le importaba lo que había vivido.

El problema de ese “tercero muerto”, indiferente, es que el horror de causas sociales no es igual a un accidente de auto o a una catástrofe natural. Es un horror producido por alguien, con un objetivo, es algo “a propósito”. No fue el azar, no fue la naturaleza, fueron otros seres humanos los responsables del horror vivido.

Cuando yo era niña, mi madre se quedaba absorta y tenía una mirada que encerraba algo que no era distracción, sino un misterio, un secreto. Algo que ella no decía pero que se leía en una mirada melancólica, como un fondo de tristeza. Había algo allí, con lo que yo no podía conectar, pero que sentía. Yo sabía que había algo de lo que no hablaba.

Esa misma mirada, o ese tipo de mirada, la volví a ver en los ojos de mi padre muchísimos años después, cuando salió de la cárcel. Parecía ser el mismo hombre de siempre, pero le había cambiado la mirada. Se dice que los ojos son la ventana del alma y cuando la mirada es opaca, el niño capta la oscuridad.

Cuando primero mi madre y muchos años después mi padre al salir de la cárcel, se iban hacia la trastienda de sus ojos, se desconectaban de nosotros.

Colaborando con los psicoanalistas uruguayos aprendí que existía la polémica entre ellos y los historiados, sobre si cada uno de nosotros somos hijos de nuestros padres o hijos de nuestro tiempo.

Descubrí con la historia de mi familia española, el sentido de esta polémica. Hasta tal punto somos hijos de nuestro tiempo y de nuestro lugar, que yo, uruguaya, nacida y criada en un país socialdemócrata *avant-la-lettre*, la llamada Suiza de América, el famoso Uruguay batllista, laico y profundamente anticlerical, no podía entender que mis abuelos hubiesen sido tan crueles, no aceptaba ningún argumento que pretendiese explicar el comportamiento de mi familia de origen. Nada podía explicarme la falta de humanidad de mis abuelos.

En Uruguay, el Estado se separó de la iglesia en 1917, y a partir de ese momento la lucha por la laicidad y por la educación igualitaria de las mujeres se volvió un sello de identidad del país, pero mucho antes ya, en 1887, se había instalado por decreto la Ley de Educación Común, que imponía la creación de las primeras escuelas mixtas, como pilar de un sistema democrático y republicano.

Aún así, para cuando el Estado y la Iglesia se separaron, solo el 5% de las niñas estaban escolarizadas. Sin embargo, en 1963, cuando yo estaba en la primaria, la matrícula universitaria femenina alcanzaba el 43% del total. La lucha entre clericales y anticlericales se centró en la educación y disputó el significado del concepto de patriotismo. Por eso, uno de los emblemas fundantes de nuestro sentido de patria sigue siendo una de las frases más repetidas de nuestro héroe Artigas, que dijo “sean los orientales tan ilustrados como valientes”.

En Uruguay, las mujeres se pudieron divorciar por su sola voluntad desde 1913, pudieron votar a partir de 1938, y lograron la igualdad absoluta de derechos civiles, económicos y políticos en 1946.

No quiere decir que Uruguay sea un paraíso para las mujeres. Aunque las mujeres ingresaron al parlamento en 1943, hasta el año 91 las parlamentarias todavía estaban obligadas a ir de falda, no había toilettes para ellas y debían usar los públicos, y aún hoy la violencia intrafamiliar es una de las más altas del continente y la violación de niños y niñas un hecho demasiado repetido. No somos un paraíso, pero somos radicalmente laicos y republicanos.

Entonces, para una persona como yo, criada en un hogar comunista y llegada a la adolescencia en los revoltosos años 60, la historia de aquella joven pamplonica obligada a separarse de su hijo por el solo hecho de ser madre soltera, era una historia absolutamente incomprensible, para la cual no tenía ninguna herramienta conceptual de análisis. Solo la maldad de mis abuelos podía explicar aquello. Pero tampoco... porque ¿por qué tanta maldad?

Fue necesario que llegaran los años 2000 y que en España se empezara a hablar de los bebés robados por el franquismo, para que yo comenzara a entender qué había pasado en aquella Pamplona de 1940.

Fue necesario que ustedes encontrasen el hilo de su historia, para que yo encontrase el de la mía.

Recién entonces entendí que la historia de aquella pamplonica había sido una regla, pero que su terquedad y su lucha la habían vuelto una excepción. Había sido la excepción a la regla, pero no como yo lo pensaba según las reglas uruguayas, sino exactamente al revés: mi madre había logrado recuperar a mi hermano, en una lucha desigual, que seguramente le debió mucho al azar, como siempre sucede, también a la existencia de un hombre que se enamoró de ella y la ayudó, aunque no logró vencer las barreras sociales porque ella era una madre soltera, pero sobre todo debió mucho a la convicción de su hermana mayor, militante socialista y defensora irreductible del derecho de las mujeres. Por aquella hermana mayor, yo me llamo María.

A diferencia de otras mujeres españolas a las que les fueron robados sus bebés, mi madre no solo logró recuperar el suyo sino que luego, emigrada, se encontró en una sociedad como la uruguaya, donde “el otro”, el colectivo, no solo no fue indiferente a su peripecia y su dolor, sino que fue receptivo, solidario, y le hizo sentir en forma personal toda la solidaridad que la sociedad uruguaya desarrolló hacia la España republicana avasallada y martirizada.

Yo siempre supe que mi madre se había enamorado de un hombre, mi padre, pero también de un país, socialdemócrata en lo político, laico, tolerante, solidario, que la recibió de brazos abiertos, a ella y a su hijo, nunca le preguntó detalles de su pasado, y le permitió tener una familia igual a todas.

Aún así, con una familia igual a todas, como “los niños son muy sensibles al miedo, al maltrato, a la vejación y a la humillación”, al decir de Viñar, yo siempre supe, sin saber, que mi madre llevaba en su alma un daño moral que había dejado más sombras que cualquier castigo físico.

El Silencio es la historia de una búsqueda, y la búsqueda de mi historia, y es también el reconocimiento a la existencia de organizaciones como las que preside Soledad, gracias a las cuales muchas y muchos como yo pueden entender que su peripecia familiar está indisolublemente unida a la peripecia colectiva, por lo que no vengo, ni venimos, de la crueldad individual, sino de una política de Estado, de unos intereses de clase, de una lógica de dominación, que hizo del cuerpo de las mujeres un campo de batalla a conquistar y someter.

Gracias a organizaciones como la que preside Soledad, a promotores del saber colectivo como es Pamiela, a espacios como este en el que estamos, Traficantes de Sueños, podemos descubrir el anudamiento de lo íntimo y lo político, y hasta qué punto la historia, con mayúscula, se ocupó de nuestra pequeña historia familiar, y aquel nudo entre el amor y la crueldad tuvo más raíces en lo social que en lo individual.

Encontrar ese hilo conductor entre el yo y el nosotros, entre nuestros antepasados y la historia de cada país, nos permite descubrir que no solo somos producto de un ADN biológico, sino de una historia social y política, que no es pasado, sino que sigue siendo una de las dimensiones cotidianas del presente.

Agradecer entonces a Soledad, a Txema y a Traficantes de Sueños no es apenas un gesto de urbanidad, es sobre todo un reconocimiento a una labor que es dura, no siempre reconocida, pero sin la cual muchas Lolas, como la de mi novela, se quedarían sin encontrar y entender las marcas del horror en su historia familiar.

María Urruzola  
12 de mayo de 2017  
Madrid